



Federico Pieraccini

Las protestas observadas en Francia y la injerencia en la política interna de Venezuela resaltan los dobles estándares occidentales, que contrastan con el respeto al derecho internacional mantenido por China, India y Rusia.

En Francia, el 17 de noviembre de 2018, cientos de miles de ciudadanos, enojados por la calidad decreciente de sus vidas, la iniquidad social en el país y la creciente brecha entre ricos y pobres, salieron a las calles en protesta. Las protestas se pueden encapsular fácilmente en el siguiente eslogan: "Nosotros, el pueblo contra ustedes, la élite".

Este lema ha sido un tema recurrente en todo Occidente durante los últimos tres años, sacudiendo al establishment británico con el voto a favor del Brexit, desmembrando a los Estados Unidos con la victoria de Trump, derrocando a Italia con el gobierno de Lega / Five-Star y llevando a Merkel a estrellarse en Alemania. Ahora es el turno de Macron y Francia, uno de los líderes menos populares del mundo, llevando a su país al caos, con protestas pacíficas provocando una sangrienta respuesta contra las autoridades luego de diez semanas de manifestaciones incesantes.

En Venezuela, las elites occidentales quieren que creamos que la situación es peor que en Francia en términos de orden público, pero eso es simplemente una mentira. Es una creación mediática basada en la desinformación y la censura. En Europa, los principales medios de comunicación han dejado de mostrar imágenes de las protestas en Francia, como para sofocar la información, prefiriendo retratar una imagen de Francia que contradice el caos en el que ha estado inmersa todos los fines de semana durante los últimos meses.

En Caracas, la oposición de derecha, pro estadounidense y anticomunista continúa la misma campaña basada en la mentira y la violencia que ha llevado a cabo después de sus derrotas electorales a manos de la revolución bolivariana. Los principales medios de comunicación occidentales transmiten imágenes y videos de mítines masivos a favor del gobierno y los retratan falsamente como protestas contra Maduro. Estamos tratando aquí con actos de terrorismo periodístico, y los periodistas que promueven esta narrativa, instigando choques, deben ser procesados por un tribunal penal del pueblo bolivariano en Caracas. En cambio, Occidente continúa diciéndonos que Assange es un criminal por hacer su trabajo, que Wikileaks es una organización terrorista por publicar información verdadera, y que Rusia interfirió en las elecciones de Estados Unidos. Todos estos engaños son llevados a cabo por los mismos periodistas occidentales, publicaciones de los medios y el gobierno de los Estados Unidos que actualmente están ejerciendo su mendaz comercio en Venezuela. ¡Qué doble rasero!

En Venezuela, la gente está con Maduro, y antes que él estaban con Chávez. La razón es simple y fácil de entender, ya que tiene todo que ver con las políticas económicas adoptadas por el gobierno de Caracas, que durante un poco más de una década en el poder, redujo el nivel de pobreza, analfabetismo y corrupción en el país, alargando la esperanza de vida y aumentando el acceso a la educación. El modelo de izquierda seguido por docenas de países sudamericanos durante la década de 2000 favoreció a la capa más pobre de la sociedad al redistribuir la riqueza del 1% más rico.

El contraste entre los eventos en Francia y Venezuela encapsula perfectamente el estado del mundo actual. En Francia, la gente lucha contra Macron, las políticas de austeridad y la superestructura globalista. En Venezuela, la oposición (sinónimo de la población rica) está aprovechando la interferencia externa de los gobiernos de Colombia, Brasil y Estados Unidos para intentar derrocar a un gobierno que cuenta con el apoyo de la gente gracias a sus políticas internas. Aun cuando muchos en Francia no son conscientes de ello, en realidad están protestando contra un sistema injusto y ultra-capitalista impuesto por la élite globalista de la que Macron es un gran animador. En Venezuela, la clase ultra-capitalista, respaldada por los globalistas transnacionales, busca derrocar a un sistema socialista que coloca los intereses del 99% antes que los del 1%.

Maduro tiene un índice de aprobación de alrededor del 65%, superior al de cualquier líder europeo o estadounidense. En Francia, los índices de aprobación de Macron se sitúan alrededor de un solo dígito, y solo el ucraniano Poroshenko obtiene un puntaje más bajo. Poroshenko, naturalmente, se unió al coro de los que se lanzaron a un golpe de estado contra el gobierno bolivariano de Maduro, incluso cuando él dirige un país asediado por neonazis descontrolados.

Las protestas en Francia son impulsadas por dos décadas de empobrecimiento como resultado de dictados europeos que prescriben la austeridad y la necesidad de despojar a la clase media de su riqueza para favorecer la afluencia de mano de obra barata. Esta estrategia de reducción de costos laborales ya ha sido empleada en otros países, con el objetivo de aumentar las ganancias para las empresas multinacionales sin la necesidad de trasladar la producción a países de bajos salarios. La importación a gran escala de personas explotadas de África ha continuado durante años, y ahora el ciudadano francés promedio no solo se encuentra en una sociedad cada vez más multiétnica (con el gobierno dando pocos incentivos para que los recién llegados se integren) sino que también ve su estilo de vida sufriendo debido a una combinación de salarios más bajos y aumento de impuestos, lo que le dificulta cada vez más llegar a fin de mes.

En Venezuela, la crisis se debe totalmente a la interferencia externa proveniente de los Estados Unidos, que ha estrangulado económicamente a Venezuela por más de una década. La metodología es la de las sanciones y la desestabilización económica, la misma que se ha aplicado contra Cuba durante más de 50 años, aunque en ese caso sin éxito. Chávez y Maduro han provocado la ira de las élites globales al bloquear el acceso de sus corporaciones petroleras internacionales a las reservas petroleras de Venezuela, las más grandes del mundo. Cabe señalar que Venezuela es uno de los miembros más importantes de la OPEP, con Riyadh y Moscú avanzando en la creación de un conglomerado petrolero conocido como OPEP +, con Rusia, Arabia Saudita y Venezuela como miembros influyentes. Occidente, por supuesto, está desplegando el cuento de la "promoción de la democracia" para justificar sus travesuras en Venezuela.

Las situaciones de Francia y Venezuela también sirven como un barómetro para el estado general de las relaciones internacionales en un contexto multipolar. Si bien los Estados Unidos tienen pocos problemas para interferir en los asuntos internos de Venezuela, Rusia, China e India emplean un enfoque completamente diferente, manteniendo una línea de política exterior uniforme en París y Caracas. Expresan un apoyo total a su aliado bolivariano, que es una importante fuente de comercio para Nueva Delhi, un socio estratégico del petróleo y militar para Moscú y un importante vendedor de petróleo crudo para Pekín. Cada una de las tres potencias euroasiáticas tiene un gran interés en oponerse activamente a los intentos de Washington de subvertir al gobierno de Maduro, dado que Venezuela desempeña importantes funciones de estabilidad regional y, sobre todo, ofreciendo a estas potencias euroasiáticas la oportunidad de responder asimétricamente a los esfuerzos de desestabilización de Washington en Asia, Medio Oriente y Europa del Este. Se ha hablado de crear sinergias particulares entre Venezuela y otros países que luchan por liberarse de la bota de Washington. El envío de barcos navales y aviones militares de China y Rusia a las Américas, violando la doctrina Monroe, representa una respuesta a la continua presión ejercida en las fronteras de Rusia y China por los Estados Unidos y la OTAN como parte de su estrategia de contención.